



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Aliata, Fernando

Una construcción selectiva de la realidad : espacio urbano, narraciones de viajeros y formación de una literatura nacional



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Aliata, F. (2000). *Una construcción selectiva de la realidad: espacio urbano, narraciones de viajeros y formación de una literatura nacional*. *Prismas*, 4(4), 207-214. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2631>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Una construcción selectiva de la realidad: espacio urbano, narraciones de viajeros y formación de una literatura nacional

Fernando Aliata

CONICET / UNLP

En su primera sección, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina* analiza cada uno de los relatos del nutrido grupo de viajeros británicos que recorrieron el actual territorio nacional en un espacio temporal preciso, 1820-1835, y describe dos cuestiones que son fundamentales para construir la hipótesis central del libro. Por un lado, su mayor o menor acercamiento al modelo narrativo que Humboldt había inaugurado y la confrontación de este nuevo modelo con los modos más tradicionales del relato de viajeros.¹ Por el otro, la verificación de las formas de acercamiento que cada viajero presenta a los temas que luego se constituirán en los tópicos de referencia fundamentales en la descripción de la realidad local: la plebe urbana, el gaucho, el indio, entre los tipos humanos; la Pampa, los Andes, la Selva Tucumana, los ámbitos urbanos, como escenarios materiales de la particularidad rioplatense.

La segunda sección es la que resulta más interesante para el análisis que pretendo realizar ya que intenta verificar, meticulosamente, cómo la literatura de viajeros, que ha producido un diagnóstico más bien uniforme,

es utilizada, a veces de manera explícita y a veces de manera implícita, en la construcción de las expresiones iniciales de lo que puede denominarse como literatura argentina. Para ello el autor recurre a las obras que son consideradas como iniciales de esta literatura. Así, las primeras producciones de Alberdi, Echeverría, Mármol y Sarmiento son analizadas con particular erudición replanteando la cadena de lecturas que están por detrás de la construcción del texto, las citas recíprocas de validación entre los representantes de la “nueva generación” y, finalmente, la construcción del paisaje nacional que llega a materializarse sólo a través de una “red textual” que permite a los escritores locales tomar en préstamo los cánones ya establecidos por los viajeros ingleses que a la vez son deudores de los escritos inaugurales de Humboldt.²

Al mismo tiempo, el libro desnuda un conflicto sobre el cual me gustaría profundizar en esta breve intervención: la necesaria contradicción de géneros que se produce en-

¹ Los modos que podrían encontrarse como resabio en los diferentes ejemplos que analiza podrían dividirse en la clásica consideración de las peripecias del viajero, o la descripción ilustrada de carácter científico, típica de la segunda mitad del siglo XVIII.

² Este dato es interesante ya que el instrumental crítico que los viajeros podían abreviar de la metodología de Humboldt está reducido a los escritos que el científico alemán había publicado hacia 1820, fundamentalmente se basaban en *Personal Narrative* y, por lo tanto, a una visión muy incompleta de su obra, ya que muchos de sus textos fundamentales fueron publicados con posterioridad a esa fecha.

tre la literatura de viajeros y esta emergente literatura nacional. Contradicción también de intereses que indican el carácter selectivo de este préstamo. Un préstamo que puede ser productivo a la hora de encontrar un significado para la representación del territorio, por fuera de la tradición utilitaria mezclada con la evocación de la mitología clásica que presentaban los informes de los ilustrados de la época virreinal, pero que choca abiertamente con otros contenidos del programa de los jóvenes románticos. Prieto cita al respecto dos textos: uno de Juan Cruz Varela y otro de Juan María Gutiérrez, que remarcan las contradicciones que existen entre el modo de ver la realidad de la élite cultural local y ciertos aspectos de las descripciones de los viajeros, que aparecen a los ojos de las nuevas generaciones como llenas de puerilidades e inexactitudes.

De allí que resulte central en el texto de Prieto la puntualización de esa tensión en dos de las obras más importantes del período: *El Matadero* y *Facundo*, ya que ambas se desplazan, aunque por motivos diversos, de lo que el grupo de intelectuales porteños formados en la universidad rivadaviana creen que deben ser los contenidos del programa de una literatura argentina. Una literatura que, curiosamente y a diferencia de otros movimientos románticos, no debe insistir sólo en los elementos característicos que constituyen el color local, sino también en los logros del reciente período revolucionario. Heredera indirecta del Neoclasicismo, esta corriente literaria no abandona su rol utilitario; se constituye, como tantas veces ha sido señalado, en función de un plan político cuya base es una tradición que no tiene más longitud temporal que la de las propias vidas de estos jóvenes y que, además, resulta más bien frágil para ser invocada como forjadora de una nueva identidad.³

En el caso de *El Matadero*, Prieto tiene el mérito de haber identificado las claves que se esconden detrás de su condición de obra inédita de un Echeverría que, probablemente, la haya silenciado en función de una adhesión programática a estos principios. En el caso de Sarmiento, el problema es central y explícito, dada la repercusión que el libro logra rápidamente. Volvamos a uno de los textos de Gutiérrez que Prieto cita: una carta íntima dirigida a Alberdi desde Valparaíso en agosto de 1845, en la cual el crítico porteño se arrepiente de algunas opiniones laudatorias que había hecho públicas pocos días antes, a propósito de la edición del *Facundo*:

Lo que dije [...] en El Mercurio, no lo siento, escribí antes de leer el libro: estoy convencido de que hará mal efecto en la República Argentina, y que todo hombre sensato verá en él una caricatura: es este libro como las pinturas que de nuestra sociedad hacen a veces los viajeros por decir cosas raras: el matadero, la mulata en intimidad con la niña, el cigarro en boca de la señora mayor, etc., etc. la República Argentina no es charca de sangre: la civilización nuestra no es el progreso de las escuelas primarias de San Juan. Buenos Aires ha admirado al mundo. Sus mujeres han vendido sus adornos para la guerra de la independencia y han grabado los nombres en los sables y fusiles que entregaban a los soldados de la Patria. La prensa ha enseñado a todas las repúblicas el sistema representativo. En Buenos Aires hay creaciones como la del crédito, el arreglo de sus rentas, la distribución de sus tierras; la Sociedad de Beneficencia, etc., etc. única en el mundo. A cada momento veo que el autor del *Facundo* no conoce sino uno de

³ Un estudio completo sobre esta cuestión dentro de la generación romántica puede verse en Jorge Myers, "La

Revolución en las ideas: la Generación Romántica de 1837 en la cultura y la política argentinas", en Noemí Goldman (comp.), *Nueva Historia Argentina, Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, t. III, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

los patios interiores de ese magnífico palacio donde hemos nacido por fortuna...⁴

Está claro aquí el choque de posiciones entre el programa de la “joven generación” y el modelo elegido por Sarmiento. Es que para Gutiérrez el libro encierra un claro peligro: la posibilidad de la distorsión y la caricatura. Sarmiento, según este análisis, construye desde un lugar periférico la radiografía de un país que apenas conoce y cuya realidad simplifica a partir de un perfil literario que está fuertemente teñido por el costumbrismo pintoresco; de allí que no resulte casual la colocación del *Facundo* –dentro del esquema de Gutiérrez– como un texto en simpatía con la vasta y contemporánea literatura de viajeros proclives a la construcción de un relato que sólo tome en cuenta las nimiedades o peculiaridades que resulten agradables a un público ávido de exotismo.

Como oposición a la forma literaria de Sarmiento, que apelaría exageradamente al color local distorsionando la realidad, Gutiérrez contrapone la visión de una Argentina, pero fundamentalmente de una Buenos Aires diferente. La ciudad revolucionaria, caracterizada por un espacio cultural y físico que no se constituye a partir de la particularidad biográfica o la narración en detalle de hechos pintorescos, sino en función de las instituciones. Un conjunto de organismos cuya singularidad distinguiría en el concierto internacional al litoral del Río de la Plata, de un modo que el *Facundo* no parece registrar.

En una carta posterior al mismo Sarmiento Gutiérrez aclara, de una manera más conciliadora que oculta la dureza de los términos de la anterior misiva, una posición que luego formará parte, también, del perfil de su

futuro programa intelectual y literario como crítico e historiador de la cultura local:

Si yo pudiera escribir con la eficacia y exactitud necesarias, haría alguna vez la historia del desenvolvimiento material de la Ilustración en el Litoral del Río de La Plata [...] y probaría que era tanta la rapidez del progreso, al tiempo que señalaría, que aquellas poblaciones forales como Buenos Aires y Montevideo eran poblaciones europeas y aun tan “adelantadas” bajo algunos respetos que muchas del Viejo Mundo.⁵

Tal confesión confirma aún más su particular mirada que, necesariamente, implica la exaltación de la cultura urbana porteña y sus instituciones, forjadas con el devenir de la Revolución, como oposición no sólo a la barbarie sino a esta lectura costumbrista que parece reducir la realidad a una sumatoria de anécdotas curiosas. En ese sentido, más allá del mismo Gutiérrez y de la singularidad de este juicio sobre el *Facundo*, debemos señalar la existencia de una clara conciencia en algunos emigrados argentinos con respecto a este problema. En efecto, podríamos encontrar un juicio similar acerca de la obra del sanjuanino en críticas contemporáneas a su publicación, como las de C. Tejedor y V. Alsina. Sobre todo en este último que, en una larga serie de notas escritas en Montevideo en 1850, intenta corregir los errores y las distorsiones que cree encontrar en el libro al que insiste en encuadrar formalmente como un ensayo histórico.⁶

Pero el malentendido es más complejo y no tiene que ver sólo con la supresión de

⁴ Carta de Juan María Gutiérrez a Alberdi fechada en Valparaíso el 6 de agosto de 1845. Reproducida en Ernesto Morales, *Epistolario de Juan María Gutiérrez*, Buenos Aires, 1942, pp. 56-57.

⁵ Carta de Juan María Gutiérrez a Sarmiento a propósito del *Facundo* fechada en Valparaíso el 27 de agosto de 1845. Reproducida por E. Morales, *Epistolario*..., citado.

⁶ Cf. Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, edición crítica a cargo de Alberto Palcos, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962. “*Notas de Valentín Alsina al libro Civilización y Barbarie*”, pp. 349-419.

los signos característicamente negativos que una mirada demasiado abierta como la de los viajeros exalta innecesariamente. La cuestión es que, para sus lectores criollos, los visitantes extranjeros tampoco logran distinguir los logros de la nueva sociedad entre la recopilación de historias curiosas. Aquello que parece tan evidente a la generación romántica como núcleo central de su cultura, y que es producto del cambio revolucionario que la nueva generación toma como base sustancial de su accionar, es en general indescifrable para muchos de los viajeros, aun cuando pretendan ser deliberadamente indulgentes con la realidad bonaerense.

Un ejemplo contundente de esta supuesta incompreensión lo ofrece la lectura de lo que la élite local entiende como importantes transformaciones urbanas. Me refiero a las modificaciones que se producen durante el período rivadaviano y que involucran: la organización de una zonificación de la ciudad, la ampliación de la regularidad edilicia, la construcción de nuevos edificios y, fundamentalmente, el reordenamiento de los servicios. Desde este contexto, he seleccionado como ejemplo dos de las reformas paradigmáticas en el área de servicios: el mercado del centro y el nuevo cementerio.⁷

Los analizo porque se trata de dos programas en los cuales la presencia del Estado se hace más explícita durante el período. En efecto, en la constitución programática de estos sectores de infraestructura es que vamos a encontrar por primera vez diferencias profundas con el pasado colonial y una presencia de los discursos de organización administrativa, médica y científica, impensables en los espacios de carácter privado o semipúblico de la etapa ante-

⁷ El tema ha sido desarrollado por el autor en "Cultura Urbana y organización del territorio", cap. VI de Noemí Goldman (dir.), *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Nueva Historia Argentina, cit., pp. 200-254.

rior. Los nuevos edificios, bien visibles en la ciudad, organizados como recintos limitados del mundo exterior, se estructuran internamente a partir de una regularidad elemental que permite ordenar rígidamente sus programas.

El caso del mercado es tal vez el ejemplo más claro [Figura 1]. De ser una actividad espontánea realizada al aire libre, la venta al menudeo pasa a depender de una estructura fuertemente condicionada por la matriz edilicia. Sin embargo, esta clara estructura formal se diluye si se comparan las descripciones de los viajeros con esa sensación generalizada de disciplinamiento de los usuarios que trasantan los informes oficiales, o de entusiasmo retórico que encontramos en un escrito de la época que exalta la construcción del nuevo edificio comparándolo con un mercado que Nerón mando a edificar en la antigua Roma.⁸ Mac Cann, quien más detalladamente describe el recinto, dedica sólo dos líneas para contar las características materiales del sitio que tanto enorgullecían al periodismo bonaerense. Para el viajero, en cambio, el nuevo mercado resulta un espacio pintoresco poblado de razas, colores, vestidos y costumbres exóticas que se imponen sobre la regularidad y el orden de trabajo que reglamentos y funcionarios parecen querer imponerle.⁹

⁸ Así describe el aspecto del Mercado el cronista de *El Argos*: "A la entrada está el cuerpo de guardia, y en el centro, con inspección a todas partes, la oficina de policía, teniendo bajo sus inmediatas órdenes dos comisarios celadores de la exacta disciplina que debe reinar en el mercado". Luego describe el momento de su inauguración: "El 23 de agosto por la tarde se trasladaron, todos los abastecedores de la plaza, y por la noche se decoró el mercado con una armoniosa iluminación y dos músicas militares. La concurrencia del pueblo a este espectáculo fue numerosa, manifestando en su semblante el placer que inundaba sus almas. La memoria de un cesar romano por una carnicería que mandó a construir, se conserva en una medalla destinada a este sólo fin. Nada arriesgamos en decir que este mercado perpetuará para siempre la de la presente Administración". *El Argos*, 27 de agosto de 1823.

⁹ William Mac Cann, *Viaje a caballo por las Provincias Argentinas*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985, p. 128:

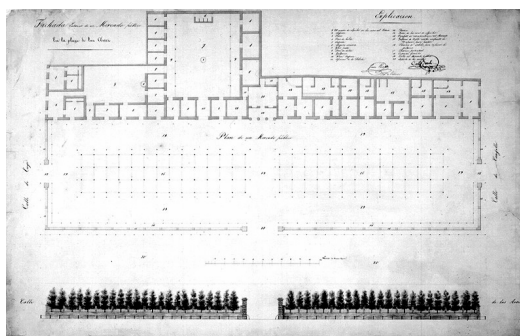


Figura 1. Mercado en la Plaza de las Artes, Carlo Zucchi (1831). (Archivio di Stato di Reggio Emilia.)

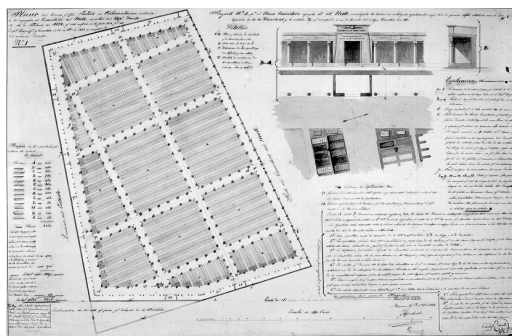


Figura 2. Ampliación del Cementerio de la Recoleta, Carlo Zucchi (1831). (Archivio di Stato di Reggio Emilia.)

Otro tanto sucede con el cementerio [Figura 2]. En franca oposición a la tradición religiosa, la acción de gobierno, siguiendo los modelos de lo ya practicado en algunas ciudades europeas luego de la Revolución Francesa, se centra en la prohibición de enterrar a los muertos en las iglesias o cementerios parroquiales y en la creación, en 1821, de una necrópolis pública a ubicarse en la periferia de la ciudad. Si bien este proyecto utiliza como apoyatura las instalaciones religiosas existentes en el predio, está concebido de una manera totalmente nueva, lo que implica cambios tanto en los ritos como en el procedimiento legal y administrativo de los enterratorios en los que el papel de control del Estado asume gran importancia. De allí que el proyecto se organice según las tipologías

“El cuadro más animoso y bullicioso que pueda verse en la ciudad, es el del mercado, que ocupa un gran espacio cuadrangular con pequeños cobertizos ubicados a igual distancia uno del otro. Allí se instalan los carniceros y vendedores de frutas y verduras. Este mercado produce en el extranjero que lo ve por primera vez, una gran impresión de sorpresa; la variedad de tipos y trajes, entre los que figuran representantes de todas las razas y países, así como la Babel de lenguas de todas las naciones, confunde al espectador, a un punto difícil de explicar. Ninguna ciudad del mundo –con seguridad– puede ostentar tan abigarrado concurso de gentes; es tan grande la variedad de rostros, que acaba uno por dudar de que la especie humana proceda de un tronco común”.

en boga en los países centrales: un recinto murario que contiene un espacio abierto ordenado geométricamente al que puede ingresarse desde un solo acceso central. A este nuevo espacio, que incorpora a los hábitos religiosos el control gubernamental, se le adjuntan una serie de reglamentos, programas y órdenes, que deben ser cumplidos por usuarios y personal de la institución. Nada de esto aparece en las descripciones de los viajeros. El anónimo inglés que escribe *Cinco años en Buenos Aires*, la crónica urbana más detallada del período, si bien dedica varias páginas al fenómeno de la muerte en la ciudad, es sólo para descubrir las formas características de las ceremonias de entierros y velorios, tan diferentes de las británicas. La misma extrañeza aparece en el texto de Head, quien se asombra frente a la rutina maquina que han adquirido los enterramientos, sin percatarse de que esa diferencia puede deberse a la modernización y laicización de los ritos fúnebres.¹⁰

¹⁰ Francis Bond Head, *Las Pampas y los Andes*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p. 31-33: “Aunque las maneras, costumbres, diversiones y modas de las distintas naciones cambien constantemente y sean generalmente distintas en los distintos climas, se esperaría que el acto de depositar un en su estrecho lecho un cadáver humano fuese idéntico en todos los países y lugares; pero, aunque la muerte sea igual, los funerales son diferentes.

Frente al silencio que encontramos en relación con el mercado o el cementerio, el matadero resulta el espacio de servicio más ampliamente detallado [Figura 3]. Es que el problema del matadero es aún más complejo. Si bien puede decirse que éste se encuadra dentro del género de equipamiento, su conexión directa con los intereses particulares y con los modos de organización del trabajo rural desarrollados en el Río de la Plata hace que su desenvolvimiento sea bastante impermeable a los cambios que se verifican en el campo internacional, y que su ordenamiento como tipología moderna sea un hecho tardío. Un ordenamiento gestado lentamente, que admite la idea de racionalización de las tareas, pero incorporando las innovaciones locales en la técnica de matanza de los animales, que, a diferencia de lo que sucede en Europa, es necesariamente masiva.¹¹

No casualmente los viajeros que visitan durante la época Buenos Aires encuentran en la descripción del matadero la posibilidad de señalar un detalle pintoresco, diferente; producto de una cultura local que modifica el modo que el sistema de la matanza de animales había adquirido en los países centrales [Figura 4]. En las narraciones de Essex Vidal, Haigh o Darwin, el matadero es en realidad un lugar dominado por el suburbio, las tareas

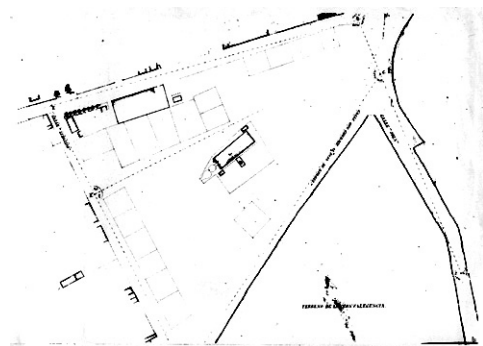


Figura 3. Matadero del Sud (procedencia: *Diccionario Histórico de Arquitectura, Hábitat y Urbanismo*).

rurales, la destreza y el combate feroz por la supervivencia. Lo que observan los asombrados viajeros y que también describe en su relato Echeverría, es lo opuesto a lo que la élite local creía encontrar en el resto de los servicios. Si las actividades consideradas de servicio se buscan separar de la vista de la población en función de la constitución de un propio proceso de racionalización, todo lo contrario sucede con el matadero.

Y esto es lo que irrita a la élite letrada, especialmente al propio Gutiérrez, que ha sido antes de su exilio miembro del Departamento Topográfico y está directamente identificado con las reformas realizadas. Es que la pluma de los viajeros dedica importantes espacios a aquello que el proceso de racionalización emprendido luego de la Revolución no ha podido modificar, en vez de insistir en los logros que atan la cultura urbana rioplatense a los modelos civilizados.

La dificultad de interpretar signos de un sistema de escasa antigüedad institucional, cuyos resultados, bastante evanescentes por otra parte, han sido avasallados por la dictadura rosista, no es sólo el problema. A diferencia de los viajeros que construyen sus observaciones con la libertad propia de la no pertenencia, que parten de la observancia de

En el viejo mundo, cuán a menudo la tontería, vanidad y vejación de espíritu en que se ha vivido acompañan al hombre al sepulcro; y con cuanta frecuencia los buenos sentimientos de los vivos son dominados por la pompa vana y la ostentación que escarnece el funeral de los muertos. En Sudamérica el cuadro es bien diferente, y el modo de enterrar a la gente en Buenos Aires parecía más extraño a mis ojos que cualquier otra costumbre de aquel lugar”.

¹¹ Sobre el particular puede verse el análisis del autor de este comentario, juntamente realizado con Graciela Silvestri, acerca de la evolución de los mataderos porteños: “Continuidades y rupturas en la ciudad del Ocho-cientos. El caso de los mataderos porteños (1820-1900)”, *Anales*, No. 26, 1988, pp. 27-51.



Figura 4. Vista de parte de la ciudad de Buenos Aires desde el Matadero del Sudoeste, Emeric Essex Vidal (1817).

las reglas del género y la constante apelación a las modalidades ya establecidas, que necesitan de los recursos del exotismo para brindar detalles curiosos a un público particularmente identificado con las narraciones pintorescas de comarcas lejanas, la naciente literatura nacional debe necesariamente seleccionar sus representaciones. Debe silenciar los aspectos negativos y debe subrayar aquello que contribuya a la formación de una tradición que exalte las virtudes de un segmento de la realidad que necesariamente tiene una amplitud mucho menor que lo que los viajeros intentan abarcar. Frente a la más abierta interpretación de los visitantes extranjeros, la literatura debe tomar opciones. Podríamos encontrar las mismas diferencias en otros tópicos de la literatura de viajes ya enunciados: la plebe urbana, el gaucho, el indio. La literatura nacional debe medir muy bien sus referentes: éste parece ser el núcleo de las iniciales desavenencias con un Sarmiento que, por fuera todavía del grupo porteño dominante, no parece tener problemas en ampliar “desmedidamente” las referencias y considerar, dentro de la común identifica-

ción con una literatura utilitaria, la posibilidad de desprenderse de tan cuidadoso andamiaje y precipitarse descarnadamente hacia una interpretación más abierta de la realidad.

Pero, como todos sabemos, *Facundo* es una obra compleja y no permite una lectura unívoca. También en su interior Sarmiento plantea muchos de los temas que los viajeros silencian o no alcanzan a percibir; fundamentalmente, siguiendo el hilo temático que me he trazado, la consideración de la ciudad y el territorio. Es que, como ha sido tantas veces notado, en la génesis del romanticismo rioplatense la idea de transformación territorial es central. Representa el legado más concreto que la generación rivadaviana ha dejado a la “Joven Argentina”, que en esta precisa cuestión se identifica plenamente con el diagnóstico del grupo unitario. A pesar de las críticas que el mismo Sarmiento podía plantear a los rivadavianos por no haber sabido elaborar una política capaz de resolver los problemas del país, a la hora de describir a Buenos Aires y compararla con Córdoba ahonda sobre el mito de los rivadavianos de un destino

rector manifiesto que ahora coincide con un renovado determinismo geográfico.

En ese sentido, está claro que aquello que enorgullece a Gutiérrez o a Sarmiento en algunos de sus análisis, no es el pasado remoto de Buenos Aires, sino todo lo que la Revolución y la Ilustración han podido crear sobre la ciudad, aquello que en corto tiempo ha modificado la herencia española, comenzando a presentar a las instituciones urbanas y su apariencia física como emblemas del progreso.

Frente a este parcial rechazo, por fuera de sus dotes instrumentales para construir algunos de los tópicos característicos del Romanticismo –cuestión que tan bien señala Prieto en su trabajo–, es curioso el derrotero que sigue luego la literatura de viajeros. Recién será aceptada plenamente y sus relatos utilizados como fuentes, sin retaceos, cuando el proceso de transformación de la ciudad y el territorio se haya llevado a cabo y las necesidades sean otras. Cuando se produzca la emergencia de una literatura más autónoma, menos marcada por necesidades políticas coyunturales. En efecto, reaparecerá, en la temática de la historia urbana, como fuente im-

prescindible en la serie de memorialistas que surgen en los últimos decenios del siglo XIX, mientras Buenos Aires se transforma profundamente. Frente al fenómeno de vertiginoso y desmesurado crecimiento de la urbe posterior a Caseros, la ciudad anterior se vislumbra entonces como insignificante, sus proporciones se pierden en el gigantismo de la nueva metrópoli y los fragmentos de su pasado se tornan irreconocibles, por lo que sólo pueden rescatarse aquellas particularidades que la constituyeron y que rápidamente se van perdiendo. Wilde, Calzadilla, Bilbao, serán los encargados de retomar la literatura de viajeros que ahora resulta plenamente funcional para evocar una tradición nacional que quiere ser contrastada con el aluvión inmigratorio.

En estos textos, paisaje urbano, particularidades locales, situaciones exóticas o jocosas se reúnen en un todo y recrean aquello que aparecía entremezclado como un recurso, entre otros factores, en la compleja lectura de Sarmiento y que, para Gutiérrez, significaba una señal de alarma, ya que corría el peligro de constituirse, a su juicio, en una caricatura de la realidad. □